

CANTO DEL OFERTORIO

Por Wilson Cobaleda Cárdenas, Pbro.

1. CANTO DEL OFERTORIO

- 1.1 Ubicación
- 1.2 A lo largo de la historia
- 1.3 El *canto del Ofertorio* según la IGMR
- 1.4 Actores del *canto del ofertorio*
- 1.5 El *canto del Ofertorio* hoy
- 1.6 Aspectos para tener en cuenta a la hora de elegir este canto

2. CONCLUSIONES

3. BIBLIOGRAFÍA

1. CANTO DEL OFERTORIO

1.1 Ubicación

La Misa consta de dos partes íntimamente relacionadas entre sí: la liturgia de la palabra y la liturgia eucarística.¹ Esta última inicia con la preparación de los dones: los ministros llevan el pan y el vino hasta el altar; el sacerdote prepara la mesa del Señor, recibe los dones y los coloca sobre el altar según el rito establecido. Mientras tanto se entona el canto del Ofertorio.

Ante todo, es preciso aclarar que el nombre dado a este canto crea cierta confusión. La IGMR y el Misal Romano actual lo llaman “canto del ofertorio”² (*cantus ad offertorium*). Por este motivo conservamos su nombre en el presente estudio. Con el

¹ Cf. *Instrucción General del Misal Romano* (IGMR), 3ª edición típica latina del Misal Romano, 2002, n.28.

² Cf. IGMR 37b, 74, 142.

término “ofertorio” pareciera atribuirse un carácter sacrificial a los dones de pan y de vino. Sin embargo, aquello que se ofrece en la Eucaristía no es pan y vino sino el Cuerpo y Sangre del Señor. La IGMR usa el título de “Preparación de los dones” (num.73-76) para referirse al momento durante el cual se dispone el altar y a él se llevan el pan y el vino. Decir entonces “canto del ofertorio” no es errado, si lo entendemos como canto que acompaña el rito de preparación de la mesa del Señor.³

El canto del ofertorio durante el rito de la preparación de los dones abre la segunda parte de la Misa. Es un canto procesional que acompaña el rito de llevar el pan y el vino al altar antes de la oración sobre las ofrendas. Este canto hace melodía la intención del pueblo de Dios que presenta los dones, tomados de los mismos bienes que el Señor le ha proporcionado, para que por la fuerza del Espíritu Santo se conviertan en alimento espiritual, en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

1.2 A lo largo de la historia

Por el evangelista Lucas y por san Pablo, especialmente, sabemos que el mandato del Señor en la Última Cena «*Hagan esto en memoria mía*», era celebrado en la comunidad cristiana desde los primeros siglos. En el culto ofrecían los mismos dones tomados y compartidos por Jesús aquella tarde: el pan y el vino. San Pablo recuerda esta tradición: «Yo recibí del Señor lo mismo que les transmití a ustedes: Que el Señor Jesús, la noche en que fue traicionado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este pan es mi cuerpo [...] hagan esto en memoria de mí.» De la misma manera, después de cenar, tomó la copa y dijo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto, cada vez que beban de ella, en memoria de mí.»»⁴ Así pues, pan y vino eran los dones puestos sobre la mesa allí donde se celebraba la eucaristía.

Durante los tres primeros siglos de nuestra era, la eucaristía se celebraba en algunas casas escogidas por los apóstoles. El ámbito cultural donde se celebraba la eucaristía era la casa de familia. Este espacio doméstico, de dimensiones modestas, creado en principio para albergar un grupo familiar y no una comunidad de fieles, necesitaría

³ El *Ordo Romanus I* (siglo VII) contiene la palabra *offertorium* para designar el rito de presentación y recepción de las ofrendas. Este acto de presentar dones proviene del verbo *offerre* (presentar, poner delante). Otros verbos derivan de este verbo: *oblatas*, *oblaciones*. Cf. A. CHUPUNGCO, *Scientia Liturgica, Manuale di Liturgia III L'Eucaristia*, Piemme, Casale Monferrato 1998, p.19.

⁴ 1 Cor.11,23-25.

para el culto una mesa, un ministro y la comunidad de creyentes reunida. Por esa época, no era necesaria una procesión previa para depositar los dones sobre el altar.

El anuncio del Evangelio trajo como consecuencia el aumento del número de creyentes en Cristo, quienes se reunían el domingo para celebrar la fracción del pan. En el culto dominical se desarrollaron paulatinamente algunos ritos que fueron dando forma y ritmo a la celebración. San Justino mártir (+165) en su *primera Apología*, al referirse a los recién bautizados que comenzaban a tomar parte en la eucaristía afirma:

«Por nuestra parte, nosotros, después de así lavado el que ha creído y se ha adherido a nosotros, le llevamos a los que se llaman hermanos, allí donde están reunidos, con el fin de elevar fervorosamente oraciones en común por nosotros mismos, por el que acaba de ser iluminado (bautizado) y por todos los otros esparcidos por todo el mundo, [...] Terminadas las oraciones, nos damos mutuamente el beso de paz. Luego, al que preside a los hermanos *se le ofrece pan y un vaso de agua y vino, y tomándolos él* tributa alabanzas y gloria al Padre del universo [...] Y una vez que el presidente ha dado gracias y aclamado todo el pueblo, los que entre nosotros se llaman ‘ministros’ o diáconos dan a cada uno de los asistentes parte del pan y del vino.»⁵ Por lo que leemos en este texto, no existe por esa época una ceremonia especial para la entrega del pan y del vino; y es entendible ante la intención de evitar todo aquello que rememorara los sacrificios judíos y paganos. Es muy posible que los ministros o diáconos fueran los encargados de acercar al presidente el pan y el vino, si es que estos dones ya no estaban puestos sobre la mesa del altar.

La *Tradición Apostólica*, por mucho tiempo atribuida a san Hipólito (215), contiene un texto similar al texto de san Justino: «Después de orar ofrecerán el beso de la paz. Entonces, los diáconos presentarán la oblación (pan y vino) al obispo, que dará gracias, sobre el pan signo del cuerpo de Cristo; sobre el cáliz –con vino mezclado– imagen de la sangre que ha sido derramada por todos los que creen en él.»⁶ Podemos notar entonces, que, a quien presidía la celebración se le

⁵ SAN JUSTINO, Apología I, 65.

⁶ *Tradición Apostólica*, 21.

presentaban los dones del pan y el vino. No se habla hasta ahora de ningún canto para acompañar este rito.

Por la época de san Cipriano de Cartago (+258), del África romana, los creyentes proporcionaban el pan y el vino para el sacrificio de la Misa. Baumann afirma: «En efecto, no es en Roma donde por vez primera aparece la entrega de ofrendas incorporada al núcleo del culto. Las primeras noticias nos llegan del norte de África. Tertuliano y Cipriano hablan ya claramente de la oblación de los fieles que se admite para el sacrificio. La entrega procesional, o sea la entrega que entra a formar parte de las ceremonias, la atestigua san Agustín. También en Milán existía una ceremonia parecida ya en tiempo de San Ambrosio.»⁷ Martimort agrega: «Por lo demás, que los fieles proporcionaran la materia que se había de consagrar, era una obligación muy natural para la época y en una civilización completamente agrícola, en que el pan y el vino representaban los valores económicos esenciales.»⁸

La libertad religiosa alcanzada a partir del Edicto de Milán (año 313) y el Decreto que reconocía al cristianismo como la religión oficial del Imperio romano (finales del siglo IV), permitieron más todavía el aumento del número de creyentes. Con ello surgió la necesidad de contar con recintos más amplios para celebrar la eucaristía. Este cambio de dimensiones creó a su vez ritos procesionales que suponían cierta duración, como aquel de llevar hasta el altar los dones del pan y del vino. Es aquí, entonces, donde aparece el canto durante el ofertorio. San Agustín (354-430) afirma que durante la procesión con los dones se cantaban salmos. Esta procesión tuvo sus inicios en África (Cartago, Hipona) y luego pasó a Roma a finales del siglo IV. La procesión sugería un canto que acompañara este momento y evitara un silencio prolongado en la celebración. Lo más seguro es que el canto del ofertorio surgió antes del *Introito* y del canto de Comunión, con características similares. Así pues, en Occidente durante la alta Edad Media (siglos V al X) la entrega procesional de las ofrendas solía extenderse.

La costumbre de los fieles de llevar los dones para la Misa suponía que no todos los panes y el vino recibidos fueran ofrecidos en el altar, dada la cantidad. Así pues, los dones que no se consagraban eran tomados para alimentar a los más pobres y al

⁷ T. BAUMANN, S.J., *La misa Romana*, El mensajero del corazón de Jesús, Bilbao 1954, p.169.

⁸ A.G. MARTIMORT, *La Iglesia en oración*, Herder, Barcelona 1964, p.400-401.

mismo clero. Además de pan y de vino, los creyentes llevaban otras ofrendas para los más necesitados y para la Iglesia. Posteriormente, comenzó a diferenciarse la entrega de las ofrendas de los fieles para los pobres y el traslado del pan y del vino hasta el altar. El *Ordo Romanus I* señala que el Papa recibía las ofrendas de la aristocracia en la nave de la Iglesia. Luego, en el altar, recibía los dones del pan y del vino. El obispo de turno recibía las ofrendas traídas por los fieles. Mientras tanto, la *schola* cantaba un salmo y luego presentaba el agua para participar así de la procesión. Una vez el Papa había colocado su propia ofrenda sobre el altar, daba la señal a la *schola* para que terminara el canto.⁹ Los siguientes *Ordines* romanos conservarán el canto del ofertorio durante la ofrenda de los fieles. Baumann afirma: «Como se ve, el Papa supone como idea admitida, que la entrega de las ofrendas (para los pobres) por parte de los oferentes –sea antes de la misa, sea durante ella- no es un acto sacrificial.[...] Esto no es obstáculo, con todo, en Roma para que esta entrega de las ofrendas por parte de los fieles sirva de punto de partida para la formación del ofertorio.»¹⁰ De todos modos, en la procesión se llevaba pan y vino y las ofrendas para los pobres y el clero, aunque de esta última no siempre se tiene plena claridad del momento en el cual se entregaba; esto por lo menos en Roma.

Durante los siglos VII-VIII el rito del ofertorio sufrió variaciones, entre oraciones, canto de salmos y momentos de silencio. En Roma, por ejemplo, afirma S. Marsili, no era el pueblo quien se acercaba a presentar la ofrenda sino el clero quien se acercaba a los fieles a recoger los dones.¹¹ Esto durante los siglos antes dichos, ya que en tiempos de san Ambrosio (340-397) los fieles iban hasta el altar. Martimort afirma que, en África, Milán, Roma, y quizás en España, los fieles no entregaban los dones antes de la Misa en la sacristía –cosa que sí ocurría en Oriente y en la Galia- sino durante la acción eucarística, con una procesión similar a la de la Comunión.¹² Y agrega: «Sea que tenga lugar en la sacristía o durante la liturgia misma a la entrada del santuario, la ofrenda del pan y del vino por los fieles en la disciplina antigua es un derecho estrictamente reservado al bautizado. Se niega al pagano, al hereje, al catecúmeno.»¹³

⁹ Cf. MARTIMORT, *La Iglesia en oración*, p.328-329.

¹⁰ Cf. BAUMANN, S.J., *La misa Romana*, p.170.

¹¹ Cf. S. MARSILI, *Anamnesis 3/2, la Liturgia, eucaristia: teologia e storia della celebrazione*, marietti, Milano 1989, p.225-229.

¹² MARTIMORT, *La Iglesia en oración*, p. 402.

¹³ MARTIMORT, *La Iglesia en oración*, p. 403.

Los salmos entonados durante la procesión pocas veces coincidían con el sentido del rito, salvo algunas ocasiones como en la fiesta de la Dedicación, de la Epifanía y en Pentecostés. En cuanto al estilo musical, el canto del ofertorio al principio era antifonal, de las mismas características del *Introito*. La *schola*, dividida en dos grupos, cantaba el salmo con su antífona. Luego pasó a ser responsorial y, de ese modo, el pueblo comenzó a tomar parte del canto. Jungmann agrega: «El ofertorio se encuentra con esta forma responsorial en todos los antifonales de la alta Edad Media. El número de sus versos oscila entre uno y cuatro, lo cual es bastante más que en el resto de los cantos de la misa, y se debió, sin duda, a lo mucho que duraba la procesión».¹⁴ El modo responsorial permitía que la antífona o una estrofa del salmo se cantara más de una vez, lo que ayudaba a tener qué cantar durante la larga procesión. Jungmann afirma que posiblemente este salmo no terminaba con el *Gloria Patri* como sí ocurría en el *Introito*. Al parecer, existía en Roma por el siglo VI una colección de salmos para ser entonados durante el ofertorio.

Hacia el siglo XI comenzó a disminuir el número de creyentes que comulgaban en la Misa. Al mismo tiempo, la presentación de los dones por parte de los fieles se redujo en gran medida. De ese modo, la procesión comenzó a tenerse solamente en algunas fechas especiales como Navidad, Pascua y Pentecostés.¹⁵ También por esa época se impuso la costumbre de usar pan ázimo para ser consagrado en la misa, por lo que el pan común traído por los fieles ya no servía para el rito. Como consecuencia, el canto del ofertorio quedó reducido a la antífona del salmo. Posteriormente, la antífona del ofertorio alcanzó brillantez y esplendor al vincularse el modo polifónico. El Ordo de Honorio III, anterior al año 1227, no menciona el ofertorio como canto.¹⁶ En las rúbricas del Misal de Pío V ya no se menciona la ofrenda de los fieles, y solo conserva el versículo del salmo para la Misa de difuntos. Righetti afirma: «Existen manuscritos del siglo XI que no contienen ya los versículos del ofertorio, sino sólo la antífona; prueba manifiesta de que donde fueron escritos había cesado del todo la ofrenda del pueblo. Falta después en la mayoría de los códices desde el siglo XII en adelante; solamente en algunas iglesias de Alemania se

¹⁴ J.A. JUNGSMANN, *El sacrificio de la misa*, BAC, Madrid 1951, p. 660.

¹⁵ Cf. J. JUNGSMANN, *Breve historia de la misa*, Phase 157, Barcelona 2006, p.45-46.

¹⁶ Cf. V.RAFFA, *Liturgia Eucarística. Mistagogia della Messa: dalla storia e dalla teologia alla pastorale pratica*, CVL, Edizioni Liturgiche, Roma, 2003, p. 418-419.

cantaban todavía en el siglo XV. Durando (+1296) observa que la supresión de los versículos se debía a la necesidad de ahorrar tiempo y al deseo de dejar a los clérigos y a los fieles un tiempo mayor para la oración. De todos modos, la reforma piana del misal (1570) los abolió oficialmente, dejando apenas vestigio en el ofertorio antes citado de difuntos.»¹⁷ Así pues, en el Misal anterior al Misal de Pablo VI, después del Credo, el sacerdote vuelto hacia el pueblo hacía el saludo habitual *V/. Dominus vobiscum – R/. Et cum spiritu tuo-*; luego decía “*Oremus*” y recitaba la *antiphonam ad Offertorium*; acto seguido tomaba la patena con la hostia y seguía el rito.

Con la reforma promovida por el Concilio Vaticano II, el Misal de Pablo VI reorganizó este rito. El Misal, en las rúbricas que siguen a la liturgia eucarística, señala:

«Acabada la Liturgia de la palabra, los ministros colocan en el altar el corporal, el purificador, el cáliz y el misal; mientras tanto *puede* ejecutarse un canto adecuado.»¹⁸ Resaltamos la palabra “*puede*” ya que, otra opción es no tener canto durante ese momento. En ese caso, el sacerdote puede decir en voz alta las palabras, que por lo general dice en secreto, tanto por el pan como por el vino. Se indica en el Misal, además, que los fieles pueden llevar los dones del pan y del vino para la celebración de la eucaristía o aportar otros dones para los pobres u otras necesidades de la Iglesia. De este modo expresan su participación en la ofrenda. En la IGMR, como veremos ahora, se expresa más en detalle esta parte del rito en el cual tiene lugar el canto del ofertorio.

1.3 El Canto del Ofertorio según la IGMR

La Liturgia Eucarística inicia con la “Preparación de los dones”, rito indicado en los números 73 a 76 de la IGMR. Primero se prepara el altar extendiendo el corporal sobre él; luego algunos fieles acercan hasta el altar los dones de pan y de vino y el agua, y allí son recibidos por el diácono o sacerdote.

Mientras esto sucede, se reciben las donaciones que hacen los fieles para los pobres y para las necesidades de la Iglesia. Este acto es significativo, ya que desde antiguo los

¹⁷ M. RIGHETTI, *Historia de la liturgia II*, BAC, Madrid 1956, p. 279.

¹⁸ MISAL ROMANO, Rúbricas de la Liturgia eucarística.

cristianos reconocieron el llamado a vivir la caridad con los hermanos más necesitados, a dar de lo suyo, al punto que este gesto, si no siempre, estuvo unido al momento durante el cual presentaban el pan y el vino para el sacrificio. La IGMR lo propone con estas palabras: «También se puede aportar dinero u otras donaciones para los pobres o para la iglesia, que los fieles mismos pueden presentar o que pueden ser recolectados en la iglesia, y que se colocarán en el sitio oportuno, fuera de la mesa eucarística.»¹⁹ El Misal actual describe esta acción como expresión de la participación en la ofrenda: «Conviene que los fieles expresen su participación en la ofrenda, bien sea llevando el pan y el vino para la celebración de la eucaristía, bien aportando otros dones para las necesidades de la Iglesia o de los pobres»²⁰. Lógicamente, en esta parte del rito, la fuerza está en preparar los dones del pan y del vino y depositarlos en el altar. Las otras ofrendas se colocan en un sitio diverso del altar. Sin embargo, ofrecer de nuestros bienes en la Misa, no choca con presentar el pan y el vino; al contrario, nos hace tomar mayor conciencia de que nuestro homenaje a Dios debe corresponder con nuestra caridad en favor de la Iglesia y de los más necesitados. Alcalde proclama: «El sentido de estos ritos es, por lo tanto, alabar a Dios por los dones que hemos recibido de su generosidad y, a la vez, poner nuestros bienes al servicio de los pobres. Por tanto, un canto de hermandad, caridad, confraternidad, generosidad, es el más indicado para acompañar este rito, en caso de que se cante.»²¹

El número 74 de la IGMR habla del canto del ofertorio durante la preparación de los dones, como sigue:

Acompaña a esta procesión en la que se llevan las ofrendas el canto del ofertorio (cfr. n.37 b), que se alarga por lo menos hasta que los dones han sido depositados sobre el altar. Las normas sobre el modo de ejecutar este canto son las mismas dadas para el canto de entrada (cfr. n. 48). Al rito para el

¹⁹ IGMR 73.

²⁰ MISAL ROMANO, Rúbricas de la Liturgia eucarística.

²¹ A. ALCALDE, *El Canto de la Misa*, Sal Terrae, Santander 2002, p. 110.

ofertorio siempre se le puede unir el canto, incluso sin la procesión con los dones.

Lo primero que vemos es que la reforma litúrgica mantiene el nombre de “canto del ofertorio” para referirse al canto que se entona durante la preparación de los dones. La primera palabra de este número, lo mismo que en el número 37 b de la IGMR, nos indica que este canto es un canto que acompaña un rito, como ocurre con los cantos de Entrada y Comunión. Podemos decir, entonces, que el canto del ofertorio es un canto de acompañamiento. El canto comienza una vez el sacerdote o el diácono inicia el rito de preparación del altar, y se extiende –dice este número– “por lo menos hasta que los dones han sido depositados en el altar”. La expresión “por lo menos” sugiere que este canto se puede extender un poco más, hasta la conclusión del rito de la preparación de los dones, es decir, hasta que el sacerdote se lave las manos a un lado del altar, signo del deseo de purificación interior.²² Este número nos remite al número 48 de la Instrucción, para comprender el modo de entonar este canto. De este aspecto hablaremos más adelante.

Según el número 74 de la Instrucción se puede entonar el canto del ofertorio, aunque no haya procesión de dones. En este caso se debe prever que el canto sea breve para no alargar el rito de modo innecesario. El número 75 de la Instrucción menciona la posibilidad de incensar los dones ya colocados en el altar, la cruz, el altar, el sacerdote y finalmente el pueblo. Esto hace que el canto del ofertorio se extienda un poco más.

1.4 Actores del canto del ofertorio

El número 74 de la IGMR nos remite al número 48 para indicar el modo de entonar el canto del ofertorio, que viene a ser el mismo del canto de entrada: «El canto de entrada lo entona la *schola* y el pueblo, o un cantor y el pueblo, o todo el pueblo, o solamente la *schola*.»²³

- *La schola*. O el coro. Ella es la encargada de animar los cantos de la misa, de modo que la asamblea alcance una participación más activa en la celebración.

²² Cf. IGMR 76.

²³ IGMR 48.

- *El pueblo.* La comunidad de fieles halla, en la presentación de los dones, un momento privilegiado para unirse a la ofrenda de la Iglesia. Por eso, participar en el canto del ofertorio expresa la comunión de aquellos que se han reunido para tomar parte en el único sacrificio de Cristo.
- *El cantor.* Puede ser un integrante del coro o aquél que, como solista, anima los cantos durante la Misa.
- Este canto lo entona o solo el coro o solo el pueblo; o el coro y el pueblo o el cantor y el pueblo. De todos modos, sobresale la intención de que el pueblo tome parte en el canto.

1.5 El *Canto del Ofertorio* hoy

Los cantos procesionales (Introito, Ofertorio y Comunión) están íntimamente unidos al rito que acompañan. Su texto, a diferencia de los cantos del Ordinario de la Misa, no es fijo. El sentido del canto del ofertorio se halla en el contexto de la “preparación de los dones” título que aparece ahora en la IGMR para referirse a esta parte de la Misa. Al respecto, el Papa Benedicto XVI afirma:

Los Padres sinodales han puesto también su atención en la presentación de las ofrendas. Ésta no es sólo como un «intervalo» entre la liturgia de la Palabra y la eucarística. Entre otras razones, porque eso haría perder el sentido de un único rito con dos partes interrelacionadas. En realidad, este gesto humilde y sencillo tiene un sentido muy grande: *en el pan y el vino que llevamos al altar toda la creación es asumida por Cristo Redentor para ser transformada y presentada al Padre.* En este sentido, llevamos también al altar todo el sufrimiento y el dolor del mundo, conscientes de que todo es precioso a los ojos de Dios. Este gesto, para ser vivido en su auténtico significado, no necesita enfatizarse con añadiduras superfluas. Permite valorar la colaboración originaria que Dios pide al hombre para realizar en él la obra divina y dar así pleno sentido al trabajo humano, que mediante la celebración eucarística se une al sacrificio redentor de Cristo.²⁴

²⁴ BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Sacramentum Caritatis*, n.47.

El rito empieza con la preparación del altar; le siguen la procesión con el pan y el vino por parte de los fieles y la recepción y colocación de estos dones por parte del sacerdote en la mesa del altar; y finaliza con la oración sobre las ofrendas, antes del prefacio. El canto del ofertorio inicia con la preparación del altar y se extiende hasta el lavado de manos del sacerdote. Antonio Alcalde señala: «La presentación de los dones no es para ofrecer, sino para preparar la mesa del altar, después de la liturgia de la Palabra, con la presentación de los dones».²⁵ Estas palabras de Alcalde tienen sentido en cuanto que aquello que se ofrece a Dios Padre no es el pan y el vino sino el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Borobio, por la misma, línea afirma: «No se trata, pues, de una primera parte del sacrificio, sino de la preparación de los dones para el sacrificio.»²⁶

El canto del ofertorio es un canto de acompañamiento, lo cual significa que está en función de aquello que se realiza en ese momento. Si el canto hace melodía lo que el rito ejecuta y simboliza, la asamblea podrá sentirse más implicada en los dones que llegan al altar, y que luego, transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, serán alimento de vida eterna. Podemos decir, entonces, que el canto del ofertorio es pedagógico, pues lleva a los creyentes a comprender y apropiarse del rito que en ese momento tiene lugar; que no anticipa el sacrificio de la Misa, sino que prepara la mesa para el sacrificio. Además de ser un canto de acompañamiento es un canto procesional ya que los fieles se acercan con los dones del pan y del vino. Algunas veces no se realiza la procesión de los fieles, sino que el sacerdote toma directamente el pan y el vino. En ese caso el canto conserva su carácter de acompañamiento.

Vincenzo Raffa aclara que el Misal no contiene el texto de este canto; que durante la preparación de los dones puede o no cantarse; y que si se canta se toma de uno de los libros de canto.²⁷ Justamente, el *Graduale romanum* contiene la Antífona del ofertorio, tomada de un salmo y presentada en tetragrama. *El Graduale Simplex* por su parte, contiene la *antiphona ad offertorium* con algunos versículos, también en tetragrama, aunque este último más sencillo. Además de los cantos contenidos en los Graduales, se pueden tomar otros cantos, según se indica en *Musicam sacram*: «A juicio de la competente autoridad territorial, se podrá conservar la costumbre legítimamente vigente en algunos lugares y en diversas ocasiones sancionada

²⁵ ALCALDE, *El Canto de la Misa*, p. 107.

²⁶ D. BOROBIO, *celebrar para vivir, Liturgia y sacramentos de la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 2003, p. 319.

²⁷ Cf. RAFFA, *Liturgia Eucarística. Mistagogia della Messa*, p.420.

con varios indultos, de substituir con otros los cantos señalados en el Gradual para el introito, ofertorio y comunión, con tal que tales cantos concuerden con las partes de la Misa, con la fiesta y con el tiempo litúrgico. El texto de estos cantos deberá ser aprobado por la misma autoridad territorial.»²⁸ La misma Instrucción advierte: «ahora bien no basta con que ese canto sea "eucarístico", sino que es necesario que concuerde con las partes de la Misa, con la fiesta y con el tiempo litúrgico»²⁹ Así pues, el canto del ofertorio al ser un canto de acompañamiento, y por ende, subordinado al rito que acompaña, debe concordar con el rito de la preparación de los dones (1), con la fiesta que se celebra (2) y con el tiempo litúrgico (3). Estas tres características son fundamentales.

1.6 Aspectos para tener en cuenta a la hora de elegir este canto

- El canto del ofertorio acompaña al rito de la preparación de los dones. Comienza con la preparación del altar y termina con el rito del lavado de manos del sacerdote. Se debe evitar que el canto se prolongue más de lo necesario.
- Es muy significativo que el rito de la presentación de los dones se acompañe con el canto del ofertorio. Sin embargo, en cierta ocasión puede no cantarse. En ese caso, el sacerdote puede decir en voz alta las oraciones sobre el pan y el vino³⁰ en el momento de colocarlos sobre el altar, y los fieles se unen cada vez con la aclamación: “Bendito seas por siempre Señor”.
- El canto que se elija para este momento debe concordar con el rito que acompaña, es decir, con la presentación y recepción en el altar del pan y del vino, con la fiesta del día y con el tiempo litúrgico.
- Además de estas tres características, Antonio Alcalde sugiere: «Si cantamos en la presentación de las ofrendas, el canto debe tener un sentido comunitario de unidad, de caridad con los hermanos más necesitados, de manera que el canto proyecte luz sobre el significado de la colecta (donaciones para la Iglesia y los pobres) y la presentación de los dones (pan y vino)».³¹

²⁸ SAGRADA CONGREGACION DE RITOS, Instrucción *Musicam Sacram*, n. 32.

²⁹ *Musicam Sacram*, n.36.

³⁰ Estas oraciones están contenidas en el Misal romano.

³¹ ALCALDE, *El Canto de la Misa*, 109.

- Las oraciones que durante esta parte de la Misa dice el sacerdote en secreto expresan la alabanza a Dios por los dones traídos al altar. El canto del ofertorio podría ir por esta línea.
- Existen varios modos de ejecutar este canto, entre los cuales es de alabar aquel que favorece la participación del pueblo.
- El canto puede tomarse del *Graduale romanum* o del *Graduale Simplex*. Además de los cantos contenidos en los Graduales se puede tomar otro canto que corresponda con las características de este canto.
- Se debe estar atento de no hacer de un canto de Comunión el canto ofertorial, como ocurre con frecuencia.
- La presentación de los dones puede prolongarse cuando se hace una procesión más solemne y larga, y cuando el sacerdote inciensa el pan, el vino, y el altar. En ese caso, el coro debe prever que el canto pueda acompañar el rito completo. Esto sucede por lo general en las fiestas y solemnidades. Para ello, es preciso hablar antes con el sacerdote que presidirá la celebración.
- Como siempre, es importante conocer el tipo de asamblea que participará en la misa, para así escoger el canto más oportuno.

2. CONCLUSIONES

Jesús tomó pan y vino en la Última cena y con la bendición y el mandato apostólico instituido el sacramento de la Eucaristía. Llevar estos dones al altar dio origen a la preparación del altar a lo que se añadió posteriormente el canto del ofertorio.

En los primeros siglos la preparación del altar se realizaba sin canto; con la cristianización del Imperio romano y el desarrollo del rito de la eucaristía se vinculó este canto para acompañar la presentación de los dones, esto a finales del siglo IV y comienzos del V. San Agustín afirma que, en África cristiana, durante la procesión con los dones se cantaban salmos. En Occidente durante la alta Edad Media (siglos V al X) la entrega procesional de las ofrendas solía extenderse, ya que los fieles llevaban los dones para la misa y para los más pobres.

Durante los siglos VII-VIII el rito del ofertorio sufrió variaciones, entre oraciones, canto de salmos y momentos de silencio. En Roma, por ejemplo, no era el pueblo quien se acercaba a presentar la ofrenda sino el clero quien se acercaba a los fieles a recoger los dones. En Oriente y en Galia era común recibir los dones en la sacristía antes de la Misa o durante el rito de preparación del altar.

El *Ordo Romanus I* del siglo VIII señala que el Papa recibía las ofrendas de la aristocracia en la nave de la Iglesia. Luego, en el altar, recibía los dones del pan y del vino. Mientras tanto, la *schola* cantaba un salmo y luego presentaba el agua para participar así de la procesión. Una vez el Papa había colocado su propia ofrenda sobre el altar, daba la señal a la *schola* para que terminara el canto.

Los salmos que se entonaban se ejecutaban de modo responsorial, cosa que favoreció la participación de la asamblea.

Hacia el siglo XI la procesión comenzó a tenerse solamente en algunas fechas especiales como Navidad, Pascua y Pentecostés, y se impuso la costumbre de usar pan ázimo para ser consagrado en la misa, por lo que el pan común traído por los fieles ya no servía para el rito. De ese modo, el canto del ofertorio quedó reducido a la antífona del salmo. Posteriormente, la antífona del ofertorio alcanzó brillantez y esplendor al vincularse el modo polifónico. En las rúbricas del Misal de Pío V ya no se menciona la ofrenda de los fieles; solo se recitaba la *antiphonam ad Offertorium*.

Con la reforma promovida por el Concilio Vaticano II, el Misal de Pablo VI reorganizó este rito y recuperó el canto del ofertorio inspirado en la parte que acompaña. En ese orden, mantuvo el nombre de “canto del ofertorio” para referirse al canto que se entona durante la preparación de los dones. Según el número 74 de la Instrucción se puede entonar el canto del ofertorio, aunque no haya procesión de dones. En este caso se debe prever que el canto sea breve para no alargar el rito de modo innecesario. El número 75 de la Instrucción menciona la posibilidad de incensar los dones ya colocados en el altar, la cruz, el altar, el sacerdote y finalmente el pueblo. Esto hace que el canto del ofertorio se extienda un poco más.

La Liturgia Eucarística inicia con la “Preparación de los dones” (IGMR 73-76) en la que se prepara el altar y luego algunos fieles llevan hasta él los dones de pan, de vino y el agua, y allí son recibidos por el diácono o sacerdote. Mientras esto sucede, se reciben las donaciones que hacen los fieles para los pobres y para las necesidades de la Iglesia.

Este canto lo entona o solo el coro o solo el pueblo; o el coro y el pueblo o el cantor y el pueblo. Sobresale la intención de que el pueblo tome parte en el canto.

El canto del ofertorio inicia con la preparación del altar y se extiende hasta el lavado de manos del sacerdote. Aquello que se ofrece a Dios Padre no es el pan y el vino sino el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Los dones que la Iglesia acerca al altar, por la bendición, se convierten en la verdadera ofrenda, en el verdadero sacrificio: Cristo.

El Misal no contiene el texto de este canto; se toma de uno de los libros de canto (gradual romano y gradual simple). Adicionalmente, señala la Instrucción *Musicam sacram*, que se pueden tomar otros cantos con tal que concuerden con la parte de la Misa, con la fiesta y con el tiempo litúrgico.

Vale decir, también, que en lugar del canto se puede hacer un acompañamiento instrumental; de este modo resulta más audible las palabras que el sacerdote recita sobre el pan y el vino al recibirlos de los ministros (“Bendito, seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra... Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino...”). Con todo, si se canta en la presentación de las ofrendas, el canto debe tener un sentido comunitario de unidad y de caridad.

3. BIBLIOGRAFIA

- ALCALDE, A., *El canto de la misa*, Sal Terrae, Santander 2002.
[*Anámnesis 3/2: La liturgia, eucaristia: teología e storia della celebrazione*, ed. S.Marsili et alii, Marietti, Casale Monferrato 1983.]
- BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Sacramentum Caritatis*, 2007.
- BAUMANN, T., *La misa romana*, El mensajero del corazón de Jesús, Bilbao 1954.
- BOROBIO, D., *Celebrar para vivir, Liturgia y sacramentos de la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 2003.
- COMISION EPISCOPAL DE LITURGIA, *Ordenación General del Misal Romano. Traducción española de la Editio Typica Tertia Missalis Romani 2002*, Coeditores litúrgicos, Barcelona 2005.
- CHUPUNGCO, A., *Scientia Liturgica, Manuale di Liturgia III L’Eucaristia*, Piemme, Casale Monferrato 1998.
- Graduale Romanum, II. De ritibus in cantu missae servandis*, Solesmes 1979.
- Graduale Simplex, In usum minorum ecclesiarum*, Editrice Vaticana, Roma 2007.
- HIPÓLITO, La Tradición apostólica, 21, en: Josep Urdeix, *La Didajé – La Tradición apostólica Cuadernos Phase 75*, Barcelona 2004.
- JUNGMANN, J.A., *Breve historia de la misa*, Phase 157, Barcelona 2006.
- _____, *El Sacrificio de la Misa*, BAC, Madrid 1951.
- JUSTINO, Primera Apología, 65, en: DANIEL RUIZ BUENO, *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. II)*, Madrid, BAC 629, 2002, pp 1019
- MARTIMORT, A.G., *La Iglesia en oración*, Herder, Barcelona 1964.
- RIGHETTI, M., *Historia de la Liturgia II*, BAC, Madrid 1956.
- RAFFA, V., *Liturgia Eucaristica. Mistagogia della Messa: dalla storia e dalla teologia alla pastorale pratica*, CVL, Edizioni Liturgiche, Roma, 2003.
- SAGRADA CONGREGACION DE RITOS, Instrucción *Musicam Sacram*, 1967.